
México frente al Caribe en la perspectiva histórica. El siglo XIX

LAURA MUÑOZ M.

Introducción

A partir de la década de los setenta y fundamentalmente en la de los ochenta de nuestro siglo, la política exterior mexicana empezó a manifestar un interés creciente por la región del Caribe. Para México, la llamada Tercera Frontera se convirtió en objetivo prioritario de su política.¹ Si bien es cierto que nunca había adquirido este nivel, no es la primera vez que México otorga a la región un papel destacado en el diseño de su política. Como es bien sabido, las relaciones de México con el Caribe han sido múltiples y de larga data.

El objetivo de este trabajo, sin embargo, no es hacer una historia de las relaciones políticas que han existido entre ambas regiones, ni un recuento pormenorizado del volumen del intercambio económico y comercial entre ellas, sino reflexionar acerca de esas relaciones, ver a qué responden, en qué marco se inscriben y precisar la significación de la región caribeña para Mé-

xico. Me interesa hacer referencia al siglo XIX, porque se encuentra ahí el nacimiento de la conducta mexicana respecto a la región, que con ligeras variantes se ha mantenido constante hasta nuestros días.

Contrariamente a lo que se cree, el Caribe no fue, en el siglo pasado, una región ajena, desconocida o de poca importancia para México.² Lo que ocurrió fue que México no pudo, ni pretendió, llevar a cabo una política expansionista que marcara su presencia en la zona, más allá de ciertos proyectos que deben explicarse dentro del marco de una actividad defensiva. Es indudable que, sobre todo en el siglo pasado, por su importancia estratégica y geopolítica, la región caribeña representaba un área de interés para el nuevo país independiente. Era la entrada al territorio nacional y en esa medida debía cuidarse, tanto porque por ahí cruzaban las rutas comerciales como porque desde esa zona se podían hacer presentes los afanes de reconquista española o los expansionistas de cualquier otra potencia europea y de la norteamericana.

En mi opinión, el carácter de la política exterior de México hacia el Caribe no debe analizarse como si

se tratara solamente de relaciones bilaterales con las islas, sino como una manifestación de la política mexicana en el contexto internacional. Por una parte, responde a la definición de la política mexicana hacia ciertos países europeos y, por otra, está determinada por la política mexicana hacia los Estados Unidos y por la presencia norteamericana en la región caribeña.

El Caribe como región

El espacio caribeño puede definirse como la intersección de tres grandes conjuntos: la América Anglosajona, la América Latina y el conjunto euroafricano. Es, ante todo, un espacio de frontera, donde se ha manifestado la dominación de las potencias europeas.

Desde el siglo XVI, el Caribe fue centro de confrontación entre potencias extrarregionales. En el XVII, las islas fueron cada vez menos importantes para España, que estaba más interesada en sus posesiones en el territorio continental, mientras para el resto de las potencias europeas el Caribe era cada vez más ambicionado, tanto por su situación geográfica como por su potencialidad económica. Al paso

LAURA MUÑOZ M. *Profesora-investigadora del Instituto Mora.*

del tiempo, el Caribe empezó a jugar un papel secundario para las potencias metropolitanas ocupadas en los reacomodos del continente europeo. Entonces, durante el siglo XIX, los Estados Unidos empezaron a tender su control sobre el área caribeña.

Al iniciarse el siglo XIX, la gran región del Caribe que existió durante el período colonial como una unidad española alrededor de dos ejes fundamentales: la defensa del territorio, y el tráfico comercial y de materias primas, se había fragmentado. Otras potencias europeas habían consolidado su presencia en varias islas antillanas, los Estados Unidos habían obtenido dos regiones importantes: La Luisiana y la Florida, y la Nueva España se había independizado. Los Estados Unidos consideraron el Caribe como la puerta de entrada a su territorio porque ahí desemboca el río Misisipí, importante vía de comunicación, y conforme fueron creciendo, lo vieron como un espacio natural de expansión. A mediados del siglo, la influencia norteamericana empezó a sentirse con fuerza en la región, dedicada a eliminar o a neutralizar los poderes europeos en el espacio Caribe, lo que finalmente logró con la intervención en Cuba y la posesión de Puerto Rico, en 1898, últimos reductos de España en la región a los que ésta había dedicado todos sus esfuerzos, para mantener los centros estratégicos de La Habana y San Juan, que guardaban los pasos entre las Antillas Mayores.

Me parece conveniente formular algunas consideraciones acerca de la región que nos ocupa. Primero, para el análisis de las relaciones políticas, he partido de dos nociones imprescindibles: una, que los espacios geográficos y culturales no siempre corresponden a los límites

políticos³ y, dos, que las regiones no son estáticas sino que, y es claro en el caso de México y del Caribe durante el siglo XIX, pueden tener fronteras móviles. Segundo, cuando se habla de Caribe en este trabajo, se hace referencia al archipiélago de islas que se extienden desde las penínsulas de Florida y Yucatán hasta Venezuela. Es decir, las grandes Antillas, las islas de Barlovento y las de Sotavento y, por supuesto, el mar. El mar hizo posible la comunicación, el tráfico y el compás de la vida, el traslado de gente (ya fueran ejércitos, mano de obra o éxodos), el tránsito de las ideas, de la cultura, de las costumbres, de las mercancías y, además determinó ciertos ritmos debido a los fenómenos naturales que se desarrollaron en su seno.

Esta delimitación se ha escogido por tres razones: una, porque corresponde con lo que en el siglo pasado la Secretaría de Relaciones Exteriores —y antes el Ministerio o el Despacho de Relaciones Exteriores— denominaba zona del Golfo y Caribe; dos, porque las rutas marítimas del comercio durante el XIX, en su camino a Estados Unidos y a Europa, obligaron a un mayor contacto con las islas, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo y con este motivo México mantuvo relaciones con ellas y, tres, pero no la menos importante, porque —como ya hemos señalado— la gran región del Caribe de los tiempos de la dominación española se había desintegrado, dando paso al proceso de formación de los estados nacionales.

Para México, ya desde el siglo pasado, el Caribe no era una entidad homogénea. Es importante señalar que su relación con las islas fue cambiando durante el siglo, tanto por su significación en la política exterior mexicana, como por

la extensión del área considerada. Además, se distinguían dos subregiones: por una parte, las islas de origen hispano como Cuba y Puerto Rico y, por otra, el resto de las islas, que respondían a la colonización de diferentes metrópolis europeas. La óptica que utilizamos parte del interés de México por la región en el juego de los poderes internacionales. Es importante destacar que, más allá del interés por alguna isla en particular, el interés era por la región, por la significación de la ubicación geográfica del área caribeña, por el mar. El acercamiento de México al Caribe estuvo basado, pues, en la importancia de éste como conjunto por su situación geográfica.

México y el Caribe en el siglo XIX

El período estudiado se inicia y se cierra con un marcado interés geopolítico de México por la región, y en él la independencia de Cuba juega un papel determinante.

Durante el siglo XIX, del gobierno de Iturbide al de Porfirio Díaz, hubo varios períodos claves en los que la actividad política mexicana destinó todos sus esfuerzos para atraerse a la región caribeña como aliada, ya fuera para defender la independencia y la seguridad del nascente Estado, para contar con refuerzos en la lucha interna, como apoyo político para proteger los intereses de la República y como zona geográfica vital en el juego del poder entre México y los Estados Unidos. Podemos decir que en el siglo XIX el Caribe jugó un papel importante en el diseño de la política mexicana. Al ser la puerta de entrada al territorio nacional, el mar Caribe y el Golfo de México recibieron atención de los gobiernos mexicanos de acuerdo con los re-

cursos y con la coyuntura política del momento. Sin embargo México, pendiente de su situación política interna, perdió presencia en la zona del Caribe, a diferencia de lo que ocurría con Estados Unidos y con algunos países europeos.

¿Qué significaba el Caribe para México en el siglo XIX?

En primer lugar, era parte del entorno en el que se definía la supervivencia de México como país independiente. En los primeros años después de la independencia, la zona del Golfo y del Caribe constituyó el espacio geográfico desde el cual España hostilizó a su antigua posesión.⁴ La atención de la política mexicana a los acontecimientos en las Antillas respondía al interés por preservar su propia seguridad.

Se pensaba que lo que ocurriera en la región caribeña podía alterar la situación interna del país, por ello la política exterior estaba muy atenta a los cambios en la región. La posesión de Cuba por los españoles era considerada por México

como una amenaza a la independencia y a la seguridad nacional, porque en ella podían organizarse y abastecerse las expediciones militares en su contra. En consecuencia, fue cobrando fuerza la idea de luchar por la independencia de Cuba, creyéndose que podía ser un recurso efectivo para alejar a España del área. E incluso en las negociaciones entre México e Inglaterra, llevadas a cabo en 1823, se mencionó la posibilidad de que Cuba se uniera a México, lo que, por cierto, le conferiría a México un poderío extraordinario, por la situación privilegiada de la isla para las comunicaciones marítimas con América del Sur y con Europa, y por el control sobre las relaciones comerciales y políticas de la región. De hecho, nunca dejó de considerarse al Caribe en general, pero en especial a Cuba, como una región de la que dependía la seguridad de México. Cualquier cambio en la relación de Cuba con otros países podía afectar la situación mexicana, sobre todo si los Estados Unidos se apoderaban de la isla.⁵

La posición mexicana respecto al Caribe no estaba vinculada solamente a la amenaza española, también lo estaba a la de los intereses de otras potencias con posesiones en la región, como Inglaterra o Francia,⁶ y por supuesto, a las ambiciones de los Estados Unidos.⁷ La presencia de otras potencias europeas en diferentes islas del Caribe constituía una amenaza para la seguridad de México, porque además de ser puntos de apoyo del comercio internacional, cumplían la fun-

ción de bases de aprovisionamiento de las escuadras de las potencias, por ejemplo, Cuba y Martinica.

En segundo lugar, existía indudablemente un interés geopolítico por el área. En el siglo pasado, la supervivencia política y el establecimiento del estado nacional fueron los objetivos fundamentales de México. Para ello debió desplegar hábilmente, entre otras cosas, una política exterior apropiada. En ella el Caribe no fue la región prioritaria, pero en la medida en que era la llave de acceso al territorio, nunca fue desatendida. Cuba, en particular, era importante por su posición geográfica en la que contaba la significación política y el que fuera, además, paso de la ruta marítima comercial. Aunque México no tuviera recursos para sostener una presencia en la región, no podía ignorar la importancia que dicha zona tenía para países más desarrollados de Europa y en especial para Estados Unidos, que al apoderarse de la isla cerrarían la salida natural de México. Así pues, hacia la segunda mitad del siglo pasado, paralelamente a la política norteamericana cada vez más agresiva e interesada en la zona del Caribe y en particular en Cuba, México para mantener su presencia en el área aprovechó el establecimiento de viceconsulados en diferentes islas del Caribe.

Las representaciones se hicieron a cuenta de ricos comerciantes locales que pagaban la instalación de las oficinas y se hacían cargo de la representación enviando continuamente informes políticos, además de cumplir con las funciones consulares correspondientes. En realidad, los encargados de estas oficinas no eran diplomáticos representando a un país, sino agentes comerciales pendientes de favorecer una actividad lucrativa. No obs-



tante, en más de una ocasión excedieron el ámbito consular y actuaron como diplomáticos.

En tercer lugar, México también buscaba en el Caribe apoyo político y reconocimiento. Esto fue particularmente evidente cuando se buscó establecer relaciones con el gobierno revolucionario de Haití, en la década de los años veinte⁸ y durante el conflicto entre liberales y conservadores, a mediados del siglo. Para los conservadores, el Caribe representaba una potencial fuente de aprovisionamiento militar y en particular el emperador Maximiliano, con su visión europea, consideró al Caribe como una zona en la que México debía tener presencia, por su posición frente al resto del continente.

En esa época, hubo otro interés por la región, dada la cercanía y mayor comunicación. Las islas caribeñas, que eran paso obligado para los viajeros, se convirtieron en refugio de muchos mexicanos involucrados en la política interna, los cuales se instalaban temporalmente en ellas y desde Cuba, Jamaica, Martinica o Santo Tomás enviaban sus manifiestos y proclamas. Pareciera que la región caribeña era considerada como una extensión del territorio nacional, en la que se podían mover libremente y desde la que era factible incidir en la política del país. Así pues, pareciera que la frontera mexicana que debería llegar al litoral del Golfo, se extendía mar adentro, como si el mar y las islas fueran una prolongación natural del territorio.

Por otra parte, desde el punto de vista económico, a México le interesaba mantener, en primer lugar, el tráfico comercial y marítimo a través del espacio caribeño, cruzado por las principales rutas del comercio y también con las islas del Caribe. Cuba y Jamaica eran las in-

termediarias del comercio español e inglés, y Santo Tomás era un centro de intercambio de capitales muy importante. Hacia los años cincuenta, el tráfico de mercancías cobró un fuerte impulso y para los años setenta, la ruta comercial del Caribe fue, para México, la segunda en importancia. Los principales puertos en el Caribe fueron Kingston y La Habana y, después, Martinica, Curazao y Santo Tomás.⁹ Este interés económico llevaba implícito otro estratégico: la libre circulación por el mar Caribe era esencial para la economía y la seguridad mexicanas, y en el contexto de la confrontación con los Estados Unidos se corría el peligro de que éstos convirtieran al Caribe en un lago americano, sobre todo al Golfo de México, si tomaban posesión de Cuba.

Mediante el establecimiento de viceconsulados en el Caribe, se intentó controlar el tráfico comercial y marítimo en la región, tarea urgente, porque a partir de los años cuarenta del siglo pasado, la situación económica desastrosa del erario nacional era mayor y la recaudación de las aduanas del Golfo, donde se encontraban los puertos marítimos más importantes por el volumen del tráfico comercial, era cada vez menor.

Sin pretender afirmar que las oficinas consulares en las islas del Caribe eran un sostén para el erario nacional, si podemos decir que uno de los criterios para establecerlas fue tratar de recuperar los ingresos que se perdían porque no se tenía un buen control sobre el tráfico comercial legal y, por supuesto, menos del ilegal, que se movía por el Caribe. La oficina de La Habana fue una de las que cumplió mejor esa función logrando ingresos importantes durante varios años.

A partir de los años setenta y

hasta finales de siglo, el Caribe volvió a tener una relativa importancia en la concepción de la política exterior de México. Los acontecimientos en el Caribe, entre los que se encuentran las transacciones de algunas potencias europeas que negociaban sus posesiones, la lucha de Cuba por su independencia y la amenaza de ser invadida por Estados Unidos, produjeron en el gobierno mexicano preocupación, por el efecto que podrían tener en la soberanía nacional.

La situación de Cuba en lucha por su independencia se convirtió en uno de los temas de la política mexicana hacia el Caribe. Volvió a considerarse en algunos círculos la posibilidad de que Cuba se anexara a México con lo que México, pensaban, podría convertirse en un contrapeso para enfrentar la preponderancia de los Estados Unidos, ayudando a lograr el equilibrio.¹⁰ Sin embargo, no hubo una declaración oficial al respecto, explicable por la neutralidad asumida por el gobierno mexicano ante los acontecimientos en Cuba. Conviene recordar que el interés mexicano por Cuba tuvo en el siglo pasado dos grandes momentos divididos por el reconocimiento español a la independencia de México. En la primera etapa, anterior al reconocimiento, el interés de México por la isla fue más activo y estuvo encaminado a que aquélla lograra su emancipación del dominio colonial español. En la segunda los vínculos con Cuba se inscribieron en el marco de las relaciones oficiales con España, adquirieron un carácter diplomático y todas las acciones abiertas de apoyo oficial a la lucha independentista de la isla fueron abandonadas. Los gobiernos mexicanos adoptaron desde entonces, y oficialmente, una posición de neutralidad ante los disturbios domésticos cubanos.

En las postrimerías del siglo, caracterizado por ser un período de gran agresividad del intervencionismo norteamericano en la zona, México quiso jugar el papel de potencia media, para delimitar sus relaciones con los Estados Unidos.

En este contexto se explica la migración de fuerza de trabajo afroantillana a nuestro país, que se presenta como una especie de "depositario de la solución" de un problema que las metrópolis no atienden o no pueden resolver y que está relacionado también con los intereses imperiales y los vínculos con México.

Igual que a principios del período independiente, el Caribe como región recuperó, a finales del siglo, su significado como conjunto, como el espacio en el que se salvaguardaba la seguridad y la soberanía del país.

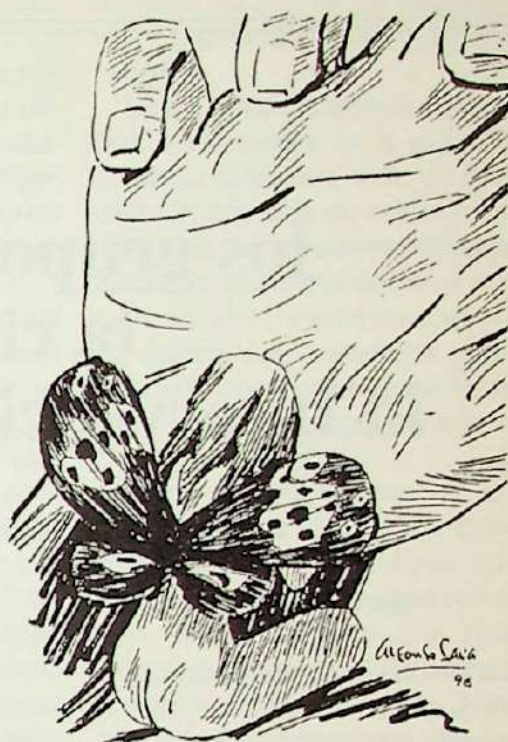
Conclusiones

Una de las características de la política oficial de México hacia el Caribe es que ha respondido a la presencia de potencias imperiales en la región. Debemos considerar que para México la vecindad con los Estados Unidos fue determinante, país que precisamente durante el siglo pasado desarrolló su carrera

expansionista, primero sobre territorio mexicano y, después, en el Pacífico y en el Caribe considerado como zona de expansión y de dominio. Asimismo, debemos tener presente que durante gran parte del siglo pasado, México sufrió los embates del exterior, ya fuera como amenazas a su independencia (de España) o con invasiones directas (de Francia y de Estados Unidos) que, al interior del país, iban unidas a una sucesión de revueltas que parecía no tener fin.

En ese contexto, México en el siglo pasado concibió al Caribe como una región de importancia económica, política, geopolítica y estratégica y, en esa medida, manifestó un interés constante hacia la región. Por ello, el espacio fue dividido en áreas de observación y vigilancia, y las oficinas mexicanas se convirtieron en puestos generadores de información. Ese control que México obtenía, se explica por la necesidad de preservar la seguridad, y no por la ambición de poder o por un afán expansionista, además de servirle para normar su conducta diplomá-

tica. México, más preocupado por la situación interna del país, sin un proyecto expansionista y sin una marina apropiada, no pudo manifestar un interés más agresivo, pero tampoco mantenerse al margen. En esa medida, aprovechó todas las condiciones a su alcance para mantener su presencia en el área, desempeñando una posición de atención pasiva en ciertas épocas y de acercamiento en otras. Pasó de la simple observación a la interacción estrecha •



¹ *Plan Global de Desarrollo*, México, Secretaría de la Presidencia, 1989 y *Memoria del I Seminario sobre el Caribe. El Caribe: nuestra tercera frontera*, México, SRE, 1990, p. 144.

² Rodríguez P. Javier, "Geopolítica y poder en el Caribe a través de la historia", en *Memoria del 2º Festival Internacional de Cultura del Caribe*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, pp. 596-607.

³ Cfr. Pérez Herrero, Pedro, *Región e historia en México*, Instituto Mora-UAM, 1991, p. 264.

⁴ Cfr. la correspondencia entre Michelena y Alamán, en Santibáñez, E., *La diplomacia mexicana*, vol. I, México, SRE, 1913.

⁵ AGN, L-(729.1-0)-3, 1901-1903; -12, 1887-1888; L-(729.1-5)-19, 1891-1892; -20, 1895-1896.

⁶ Es evidente que el Caribe representaba la avanzada europea en la zona, por ejemplo la Martinica, era para los franceses un punto dentro del mar que, en los hechos, funcionaba como un mar interno, desde ella podían movilizar a sus tropas e, incluso, en algún momento, dar alojamiento a las tropas españolas.

⁷ Cfr. la correspondencia de Pablo Obregón, enviado en Estados Unidos.

⁸ Bocanegra, José María, *Memorias para la historia de México Independiente 1822-1846*, t. II, México, Imprenta del Gobierno Federal en el Ex-Arzobispado, 1892, 852 pp.

⁹ Cfr. Inés Herrera Canales, *El comercio exterior de México, 1821-1875*, México, El Colegio de México, 1977, 194 pp.

¹⁰ Citado en Isidro Fabela, *Los Estados Unidos contra la libertad. Estudios de historia diplomática americana*, Barcelona, Talleres Gráficos Lux, 312 pp.